

DÍA DE LA VIRGEN



Entre sonidos de claxon, cánticos de mañanitas y asistencia a diferentes capillas, muchos en México celebran el Día de la Virgen cada 12 de diciembre. Como muchos explican, se trata de una festividad para honrar a María, la madre de Jesús.

En este sentido, llaman la atención las palabras de la misma María en Lucas 1.46: “Engrandece mi alma al Señor”. En su oración más conocida, se nota su único deseo: que sólo el Señor fuera engrandecido. Además, María añadiría: “Porque ha mirado la bajeza de su sierva” (Lc 1.48). Ella reconocía su bajeza ante Dios. Muy lejos estaba de ella la idea de ser exaltada.

A lo largo de esta bella oración, uno puede notar cómo María tenía en claro tres cosas muy importantes: 1) su posición ante Dios, 2) la santidad de Dios, y 3) la necesidad de un Salvador.

En las palabras “porque ha mirado la bajeza de su sierva” se ve de qué manera María entendía su posición ante Dios. Ella reconocía su bajeza ante Él. De hecho, la palabra “bajeza” también se traduce como “humillación” (Hch 8.33; Fil 3.21).

La condición de María es la de todos los hombres. Sin importar nuestras obras o

esfuerzos personales, la Biblia enseña que, en nuestros pecados, estamos en una condición de bajeza espiritual, somos débiles (Ro 5.6), y estamos muertos espiritualmente (Ef 2.1).

Además, María sabía algo importante: "Santo es su nombre" (Lc 1.49). Ella entendía que Dios es santo. Esto significa que Él está completamente apartado del pecado. Evidentemente, esto nos plantea un gran dilema: Dios es santo y no tolera el pecado, ¡pero nosotros somos pecadores! En esta condición no podemos ir al cielo de Dios, sino que nos dirigimos a un destino de condenación.

Pero María entendió lo más importante: ella necesitaba un Salvador. Entender esto la llevó a alabar a Dios con todo su ser. Por eso, su adoración inicia: "Engrandece mi alma al Señor; y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador". María, la madre de Jesús, sabía que Dios, aparte de ser santo, era un Dios Salvador y la clara evidencia de eso era que el bebé que llevaba en su vientre sería el Salvador del mundo.

Sólo así podía resolverse el dilema. Es verdad, somos pecadores y Dios es santo, pero hace dos mil años, Jesús, el único Salvador, vino al mundo y murió

en la cruz para salvarnos de nuestros pecados.

Si usted quisiera tener el perdón de sus pecados, reconozca las verdades que María entendió: somos pecadores, Dios es santo, pero Jesús, el Salvador, murió para salvar a los pecadores, para reconciliarnos con Dios y para llevarnos al cielo cuando partamos de este mundo a la eternidad.

José Manuel Díaz



Publicaciones Pescadores
publicacionespescadores@gmail.com